

Biblia y praxis existencial de un grupo de catequesis

LLUIS DIUMENGE

«... en los libros sagrados sale el Padre, que está en los cielos, amantísimamente al encuentro de sus hijos y con ellos conversa; y *la Palabra de Dios posee tan gran fuerza y virtud*, que ella es sostén y vigor de la Iglesia, y *para los hijos de la misma Iglesia, fortaleza de su fe, manjar del alma y fuente pura y perenne de vida espiritual*» (D.V. 21).

Un grupo de catequesis toma en serio su identidad cristiana. Persigue saborear la fe y profundizar en ella. ¿Qué orientaciones cabe sugerir a estos jóvenes o/y adultos?

El venero inagotable de la Palabra de Dios ¿puede contribuir a dar forma a un compromiso existencial? ¿Desde qué perspectivas? ¿A qué precio?

La presente andadura requiere considerar el grupo, sus objetivos y proyectos. Para alentarles a que entren en diálogo con el Padre que se comunica a través de la historia de la salvación. Y descubran, gracias al Espíritu, el Verbo que puede vivificar sus vidas.

En catequesis se parte de la hipótesis de que la acción pastoral es más lograda si se da prioridad a la acción en grupos. Los jóvenes, en especial, otorgan papel central al grupo de amigos. Ellos y ellas pasan, hoy, cantidad de horas juntos. Es su forma

de encontrarse y de vivir. Con relaciones directas y sin el peso institucional. El grupo privilegia la relación afectiva. Buscan en la telaraña de relaciones una nueva calidad de vida, en una sociedad cuyo defecto más característico es la incomunicación.

Oportunidad impar para evangelizar y catequizar. Si se saben promover lugares catequísticos donde ellos y ellas puedan hacer experiencias de vida eclesial. Subrayar la pertinencia de una *catequesis desde, en y para la comunidad cristiana*. La presencia de otros nos fuerza a reflexionar sobre lo nuestro y a entrar en contacto con otras concreciones de lo religioso. El encuentro personal con Cristo se opera a través de las mediaciones humanas. El grupo puede convertirse en grupo eclesial de jóvenes. Aunque, de por sí, no refleja obviamente toda la Iglesia. Debe abrirse a otras expresiones y a la totalidad de la Iglesia.

La dimensión interpersonal de la vida de fe, la oración compartida y abierta a la Palabra con sentido de gratuidad es la que más les impresiona.

Es esencial que reflexionen sistemáticamente, que hagan suyo, en su lenguaje y cultura, el mensaje bíblico. Entonces podrán compartir los grandes hallazgos de nuevos valores, de nuevos sentidos y nuevas pautas para su vivir diario.

Objetivo que supone considerar primordialmente *los Evangelios como obras de catequesis* (1), que reclaman la *mediación hermenéutica* (2). El grupo aprenderá a saborear el manjar bíblico que articula *lo teológico y lo moral* (3). Hasta desembocar en una *praxis cristiana* enraizada fundamentalmente en la Sagrada Escritura (4).

Intentamos clarificar este proceso en cuatro fases.

1. Los evangelios, obras de catequesis

Cualquier persona puede acercarse al libro por antonomasia. El fruto dependerá de su actitud, cultura y disponibilidad. Sin olvidar nunca la posible comunicación directa del Espíritu.

Dios gusta de salir al encuentro del hombre. Por amor «habla a los hombres como a amigos y entre ellos habita, a fin de invitarlos a la unión con El y recibirlos en ella. Esta economía de la revelación se cumple por hechos y palabras íntimamente trabados entre sí, de suerte que las obras llevadas a cabo por Dios en la historia de la salud manifiestan y corroboran la doctrina y las cosas significadas por las palabras, y las palabras proclaman las obras y esclarecen el misterio en aquéllas contenido. Mas la verdad íntima que por esta revelación se nos da tanto acerca de Dios como de la salud del hombre, se nos esclarece en Cristo, que es, a par, mediador y plenitud de toda la revelación» (D.V. 2).

Dei Verbum (21) destaca la virtualidad de la Palabra en orden a fortificar la fe y nutrir el alma y promover el crecimiento en la vida espiritual.

Existe, qué duda cabe, una correlación entre Dios que se manifiesta y el vivir concreto tanto a nivel personal como social/comunitario.

La Iglesia tiene como misión esencial mostrar a Dios y proclamar el Evangelio reuniendo a quienes lo acogen con fe alrededor del Resucitado. Su magisterio «no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, no enseñando sino lo que ha sido transmitido...» (D.V. 10). Con la finalidad de que vivan de El y lo hagan pasar en su oración común y en sus actos.

En sus actos: el anuncio del Evangelio comporta necesariamente una vertiente práctica, un compromiso activo. Sin ellos el sentimiento religioso resultaría ilusorio.

En orden a renovarse, la teología moral «*nutrida con mayor intensidad por la doctrina de la Sagrada Escritura*» persigue como móvil «*mostrar la excelencia de la vocación de los fieles en Cristo*». Con la obligada consecuencia de «*producir frutos en la caridad para la vida del mundo*» (*Optatam Totius* 16).

¿Cómo hay que interpretar la Sagrada Escritura?

Acercarse a la Palabra de Dios para dejarse moldear por ella dista de poder improvisarse. El Vaticano II brinda pautas para la exégesis. Los estudiosos, en su quehacer bíblico, asumirán responsablemente las consecuencias de una serie de directrices.

«... Hay que *tener en cuenta*, entre otras cosas, los “*géneros literarios*”» (D.V. 12).

Los *Evangelios* pertenecen a un género literario particular. Son *obras de catequesis*, con finalidad evangelizadora. Pertenecen, pues, al *género catequético, no histórico*.

El acontecimiento Jesucristo, tal como nos lo presenta el Nuevo Testamento, ya es diversamente interpretado por las primeras comunidades cristianas.

En función de una situación histórica nueva, la primera Escritura suscita nuevas escrituras, «crea evangelios», como actos de interpretación que atestiguan inseparablemente, bajo la fuerza del Espíritu, la experiencia cristiana fundamental y la nueva experiencia histórica de la Iglesia.

Los Evangelios pretenden dar a conocer la figura y la obra de Jesús. Con el fin de suscitar la adhesión a El e invitar a un seguimiento que se traduce en una actividad como la suya.

Ahora bien, si los episodios de la vida de Jesús relatan sólo acciones prodigiosas, ¿qué seguimiento es posible y cómo puede el creyente continuar su actividad? Ver en Jesús simplemente a un gran taumaturgo (hace andar a los paralíticos, abre los ojos de los ciegos, sana a leprosos...) puede suscitar admiración por El, pero no lleva al compromiso que El espera de los suyos. Todo queda, en este caso, en una distante adoración. No es ése precisamente el tipo de relación que Jesús quiere de sus «amigos» y «hermanos».

En realidad, al usar el sentido figurado o simbólico, los evangelistas pretenden precisamente rescatar de la anéctoda la figura de Jesús. No importa tanto lo que hiciera en día determinado

cuanto el legado que deja a la humanidad. La actitud que puede ser compartida (cercanía con los marginados) y su solidaridad (multiplicación de panes).

La *aproximación* a los textos de la Escritura ha de ser *parabólica*. Cantidad de perícopas pueden ser consideradas como suministrando esquemas-tipo de acción o como parábolas. Ahora bien, este último género no invita nunca al lector a imitar de forma fixista a los actores en escena, sino, mediante llamada a la imaginación, cuestiona y solicita inventar una forma de actuar nueva que tenga en cuenta el presente histórico.

Conviene hacer percibir todos los matices metodológicos de los que hay que rodearse para que el uso ético de la Sagrada Escritura no sea vivido ni como cerrazón en pasado ni como apelación a Autoridad trascendente que prescindiría de toda hermenéutica. La aportación del mensaje cristiano no estriba en normas nuevas, sino en el efecto crítico y estimulante de la persona de Jesús.

La teología hermenéutica *trabaja en dos direcciones*: la del sentido y la de la verdad. *La del sentido reclama primacía*. Desemboca en cuestión del lenguaje, con todas sus expresiones tan a menudo olvidadas en teología (estética, poética, narrativa, imagen, símbolo...) y en la cuestión de la traducción¹.

La teología conceptual, como simple yuxtaposición catalogada de «verdades» abstractas, carece de garra. Informa, pero no mueve los corazones. El *símbolo*, en cambio, no sólo transmite un mensaje, sino que lo hace apelando a la experiencia y sensibilidad del oyente. Se dirige y alcanza a la persona entera. Esta carga de poesía y emoción permite a quien se pone en sintonía con el símbolo leer un relato evangélico, una y otra vez, sin experimentar fatiga. Si Dios es Amor sólo puede ser verdaderamente conocido a través de experiencia del amor.

¹ Cfr. EVANGELISTA VILANOVA, *Historia de la Teología cristiana*, T. III, Herder, Barcelona 1992, pp. 968-971.

Los Evangelios son obra de una comunidad que medita sobre lo que Jesús significa para ella. Se escriben en un ambiente relativamente culto. Eco de una experiencia espiritual profunda. No es mero saber intelectual sino adhesión y compromiso que hunden sus raíces en lo profundo del espíritu y del sentimiento.

La *aproximación actual a la vida de Jesús* destaca una serie de *rasgos*: su invocación de Dios como Abba; su proclamación del Reinado de Dios explicada en una serie de parábolas y gestos que transparentan una inaudita conciencia de proximidad a El y de que salvación y ruina humanas se deciden respectivamente en la adhesión o rechazo de su persona; una escandalosa libertad frente a los hábitos mentales religiosos; el acercamiento a los pecadores, los necesitados, los insignificantes; su actividad perdonadora y liberadora; el temblor por la suerte de los otros; la fidelidad hasta la muerte...

2. Mediación hermenéutica

Quienes integran un grupo de catequesis no asegurarán su identidad por el hecho de esgrimir numerosas citas de la Biblia. No pueden limitarse a repetir la Palabra. Deben procurar construirla. Su modo de pensar, su mentalidad y su carácter deben ser educados por la escucha y meditación continua. Si esto es así, mayormente resulta imprescindible para quien ejerza, de alguna manera, funciones de liderazgo. Para que pueda procurar fructuosamente el manjar de las Escrituras «que ilumine la mente, afirme las voluntades y encienda en el amor de Dios...» (D.V. 23).

En esta última línea debe conocer a fondo la hermenéutica bíblica. Hay que considerar la historia de la Revelación desde la totalidad de la que Jesús es la cumbre. Así, el uso ético del Antiguo Testamento no será separado nunca de la lectura del Nuevo que verificará si tal norma concreta véterotestamentaria no ha sido superada (piénsese en las reglas sobre el divorcio, afinadas en *Mt* 19...).

El uso, pues, de la Sagrada Escritura en las intervenciones públicas en el interior del grupo resulta particularmente complejo. Sin un verdadero trabajo de lectura, sin medios rigurosos para escapar al subjetivismo y sin verificación, la verdadera mediación hermenéutica no es posible. El enunciado de la Revelación y el sentido de la Sagrada Escritura no se realizan sino a través de la respuesta concreta del creyente en la vida diaria. De esta suerte, en mediación práctica de la fe, la hermenéutica se transforma en ética.

Ha de orillar un *doble peligro*. El de seguir la moda que hace pasar por afirmación bíblica firme lo que no es más que postura individual o de un círculo de presión. Vía que conduce al «picoteo hermenéutico» que manipula los textos en función de tesis preconcebidas, sin respetar el conjunto de la Escritura. O bien, induce un positivismo semántico que pretende dominar la significación del texto, «lo que la autoridad ha querido decir», brindando argumentación autoritaria para justificar el propio discurso.

El segundo peligro, no menos grave, es *pasar bajo silencio el pluralismo ético* que marca la Escritura y transformar su mensaje moral en realidad uniforme. La exégesis contemporánea detecta, entre autores inspirados, aproximaciones muy distintas a la moral y a la ley, divergencias inclusive. Hay que desconfiar de síntesis demasiado hermosas de teología bíblica y asumir la confrontación de textos, en vistas a mayor fidelidad al Espíritu de Dios.

El responsable de un grupo de catequesis ha de dar prueba de libertad e *intervenir* (= *venir - entre*) para confrontar la realidad con los textos escriturísticos. Para averiguar el sentido de los mismos «debe atenderse con no menos diligencia al contexto y unidad de toda la Sagrada Escritura, habida cuenta de la tradición viva de toda la Iglesia y de la analogía de la fe» (D.V. 12). Ha de saber situarse entre los múltiples interlocutores que tienen muchas veces expectativas distintas y, a menudo, contradictorias.

Previamente habrá frecuentado la Palabra de Dios y habrá quedado fascinado por la personalidad de *Jesus* quien, a pesar de las presiones más contradictorias de su entorno, supo permanecer *hombre libre*. Como seguidor del Maestro ha de actuar libremente. Para entusiasmar a las personas en la ardua y crucificante búsqueda de libertad.

La Sagrada Escritura constituye una verdadera invitación a pluralidad de formas de intervención. Es también una «mina» de donde puede extraer tipos de comunicación adaptados a sus oyentes. Le es posible de esta suerte, en grupo-comunidad, corregir la frialdad moralizadora que adopta, a menudo, en nuestra sociedad el discurso de las instancias éticas, oficiales o no.

El Vaticano II recuerda, además, «que a la lección de la Sagrada Escritura *debe acompañar la oración*, de modo que se entable coloquio entre Dios y el hombre, pues “a El hablamos cuando oramos; a El oímos cuando leemos los oráculos divinos” (D.V. 25).

3. Articulación de lo teologal y lo moral

Pocos campos, como el de la ética teológica, son tan interpelados por los filósofos contemporáneos, el progreso de las ciencias antropológicas y por el retorno a las fuentes que mostró la necesidad de fundamentar la moral en el Nuevo Testamento.

Hoy, a tres décadas del Vaticano II, sigue siendo apremiante presentarla como *respuesta* del cristiano a la *llamada-invitación de Cristo*. Atrás queda aquel enfoque que la reducía a una «provincia» del derecho.

El Evangelio no es una moral, ni la Iglesia un profesor que busque incordiar. Pero la moral ocupa lugar determinado en el anuncio del Evangelio, mensaje de esperanza para la humanidad pecadora. No tiene como primer objetivo aportar conjunto de reglas destinadas a encuadrar estrictamente la vida ni un orden social en que todo estuviera preestablecido.

La moral evangélica no es un código inmutable. Sus *traducciones concretas exigen* tarea continua de *vigilancia, disponibilidad y discernimiento*. A la luz de la razón histórica y del horizonte del Reinado de Dios.

Un grupo de gente sencilla, en la remota Palestina, se siente atraído por la figura de Jesús de Nazaret, que se presentaba como una nueva forma de profeta, con autoridad doctrinal y moral muy distinta de la de los maestros religiosos habituales, confirmada con señales prodigiosas que parecían proceder de Dios.

Marcos nos descubre la primera liberación operada por Jesús y el entusiasmo de la gente: «Estaban asombrados de su enseñanza, porque enseñaba con autoridad, no como los letrados» (1,22). Y Juan referirá: «Así, en Caná de Galilea, comenzó Jesús sus señales, manifestó su gloria y sus discípulos creyeron más en él» (2,11).

La verdad y la libertad se convierten en acto. El reverberar del mismo provoca el desplazamiento moral de la persona, invita a seguirle, a caminar tras él, a acompañarle. Así lo penetró, vivió y expresó bellísimamente el apóstol Pablo: «Para mí vivir es Cristo» (*Fil* 1,21).

Respecto a la ejemplaridad de Cristo, de María, de los apóstoles y discípulos, nunca deberá ser utilizada de forma mimética, sino como punto de referencia identificador. Se trata de *mostrar cómo el poder del Espíritu se despliega en debilidad de finitud humana, sin negarla jamás*. Y cómo del hombre pecador, la gracia es capaz de hacer una criatura nueva. Más allá de la imitación de Cristo hay que promover la vida en el Espíritu.

Queda superada la imitación de Cristo. Imitar remite fácilmente al modelo, a algo fijo, completo, cerrado.

Convertir en ética la acción catequística es sinónimo de intentar hacer estético su mensaje. Revestirlo de un lenguaje que facilite la aceptación de la moral como parte de la Buena Noti-

cia anunciada por Jesús. Así como El, lejos de amenazar, hechizó a sus coetáneos, así también la educación moral, portadora de la savia del Evangelio en el tiempo, deberá incentivar.

Considero personalmente una gracia de Dios el haber sido discípulo del P. Bernhard Häring quien «basa la moral en la *vocación cristiana a la libertad*, la convierte en una "*moral de gracia*", tal como es presentada en la Escritura y en la mejor tradición medieval»².

Con motivo de la celebración de su octogésimo aniversario (noviembre 1992) se le preguntó: «*¿Qué es lo que más le preocupa como teólogo moralista católico?*» Con su proverbial sabiduría respondió dando la vuelta a la pregunta: «*¿Qué es lo que más preocupa a Jesús?*». Inspirándose en el evangelio de Juan sintetizó que los hombres aprendan a conocer y amar (17,3), que sean todos uno (17,21). Silueteaba por enésima vez el *carácter cristocéntrico* de la moral cristiana.

La vida cristiana, en su totalidad, hunde sus raíces en la experiencia eucarística del infinito amor de Jesús y en la vivencia de una comunidad de vida en el amor.

La experiencia más determinante es la del seguimiento de Cristo. Los primeros discípulos lo dejaron todo para estar «con El» (Mc 1,20).

Captaron bien pronto que el centro de la predicación de Jesús era el reinado de Dios (Mc 1,15). Es la causa de la vida de Jesús —centro de su mensaje y clave de sus actitudes—. Por eso mismo es el concepto que mejor puede articular todas sus exigencias morales.

La soberanía de Dios —su reinado— exige del hombre una respuesta y comporta una moral. Pero propiamente no es que la actitud moral haga acceder al Reinado de Dios, sino, más bien,

² *Id.*, p. 900.

éste que se le entrega a Jesús, exige y posibilita un nuevo comportamiento por parte del hombre. Su vida debe discurrir bajo un nuevo horizonte.

El reinado de Dios proporciona una perspectiva nueva y una motivación propia al actuar humano.

Cantidad de teólogos postconciliares, ayudados por el *sensus fidelium*, han repensado la doctrina moral en función de los principios positivos del Evangelio. La ley del amor sustituye a la moral del deber, prácticamente en el crepúsculo. La caridad —*agape*— como suma normativa de la Escritura *se convierte en el eje de la nueva orientación*:

«Amarás al Señor *tu Dios*» (Mc 12,30).

«Amarás a tu prójimo como *a ti mismo*» (Mc 12,31).

«Os doy un mandamiento nuevo: que os améis *unos a otros*; igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros» (Jn 13,34).

La articulación de lo teologal y lo moral se despliega nítidamente en la Sagrada Escritura. En la *interacción entre el indicativo y el imperativo*. El primero refleja la condición óptica, cualitativa del sujeto. Sirve para expresar las transformaciones narrativas operadas en él. El imperativo alude a la imposición ética. Se sitúa en línea del deseo y del influjo frente al sujeto que deberá realizar la transformación.

La novedad principal de la ética fundada en el indicativo frente al imperativo radica en su ilimitada capacidad de desarrollo. La integración en el misterio de Cristo tiene como meta la configuración plena con El (Col 1,15). Una meta que para el creyente no es evento meramente futuro sino culminación de un proceso de crecimiento. La persona descubre a Dios, la riqueza de su misterio y la obra de salvación. Ante la gratuidad infinita de Dios se siente obligado al agradecimiento. Mediante una conversión que se traduce en conducta precisa.

La llamada de Dios al hombre para que le acoja en su corazón desemboca siempre, en Escritura, en evocación de prohibiciones, mandamientos y actitudes. Revelan, en diversos sectores de existencia, los verdaderos pasos de la realización del hombre-con-Dios: «Si uno quiere venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga; porque el que quiera poner a salvo su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por causa mía y dé la buena noticia, la pondrá a salvo» (Mc 8, 34-35).

4. Sagrada Escritura y praxis cristiana

La praxis de Jesús remite al misterio de su persona. Una persona definida y coherente con el proyecto que abraza. Si Jesús quiere implantar un orden nuevo, tendrá que enfrentarse con el antiguo. «A vino nuevo, odres nuevos» (Mc 2, 21-22). A través de lo que «hizo y enseñó» introdujo un conjunto de comportamientos y actitudes nuevas, que dejaron huellas profundas no sólo en su medio ambiente y en su época, sino que superan esas coordenadas.

El obrar cristiano siempre como *respuesta a la Palabra de Dios* que invita a seguir a Jesús.

La Revelación, más que oferta de una serie de verdades a los hombres, es el primer gesto de Dios en orden a establecer una Alianza con ellos.

Correlativamente, la fe es el principio de donación total a Dios (cfr. *D.V.* 5).

El Mensaje al Pueblo de Dios del Sínodo de los Obispos —1977—, compendia brillantemente la temática que estudiamos:

«La comunidad creyente es una comunidad de hombres de hoy que actualiza la Historia de la salvación. La salvación que la comunidad lleva en su seno ofrece a los hombres de hoy la

liberación del pecado, de la violencia, de la injusticia, del egoísmo. Se cumple así la palabra de Jesús: "la verdad os hará libres" (*Jn 8,32*). La catequesis no puede, por tanto, separarse de un serio compromiso de vida: "No son los que dicen: Señor, Señor" (*Mt 7,21*). El compromiso puede tomar múltiples formas, individuales o colectivas. Es, según la fórmula tradicional, "el seguimiento de Cristo". De esta manera, la enseñanza de la moral, "Ley de Cristo", ocupa su lugar en la catequesis ³»

Actualizar la historia de la salvación supone recurrir a la Sagrada Escritura. ¿Es posible hacer resonar la Palabra de Dios en un discurso humano y hacerla escuchar? Cuestión de vida o muerte a la que se halla enfrentada la Iglesia y el cristianismo en general.

No puede existir una interpretación teórica de la Sagrada Escritura que haga abstracción de la práctica actual de los cristianos: «mi madre y mis hermanos son los que escuchan el mensaje de Dios y lo ponen por obra» (*Lc 8,21*). Nexo que con gran amplitud evocará el Apóstol: «todo escrito inspirado por Dios sirve además para enseñar, reprender, corregir, educar en la rectitud, así el hombre de Dios será competente, perfectamente equipado para cualquier tarea buena» (*2 Tim 3, 16-17*). La hermenéutica actual establece una relación dialéctica entre teoría y praxis.

Praxis existencial que ha de referirse ineludiblemente a Jesús de Nazaret.

Plantear el seguimiento de Jesús es interrogarse sobre lo esencial para el vivir del cristiano. Proceso que comienza por la audición de la Palabra, sigue con la apertura y acogida, se prolonga en el amoroso asentimiento de la fe y desemboca en la ordenación total de la persona.

La experiencia personal es algo previo. «Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos» (*Job 42,5*). *Hay que practicar a*

³ N.º 10.

Dios desde el seguimiento de Jesús. No se puede confesar al Dios de los pobres sin optar por su causa, ni el Dios crucificado sin estar allí donde están los crucificados, ni el Dios de la vida sin luchar contra la injusticia que ocasiona tantas y tantas muertes.

El seguimiento de Jesús involucra, pues, un doble parámetro: *seguir su misión y su estilo de vida.*

Seguir su misión en un contexto sociocultural bien diverso. El quehacer es idéntico. Salvar a los contemporáneos: los «próximos» de nuestros pueblos y ciudades; los «últimos» de la civilización de la opulencia. Los nuevos pobres sirven de clave referencial para quien opte por seguir al Maestro y aspire a convertirse en parábola del Reino.

A la vez, *seguir el estilo de vida de Jesucristo* coherente con la misión. La dinámica del compromiso domina su vida terrena. Siempre en comunión con el Padre y el Espíritu.

Conviene empezar por escuchar a Jesús, sus exhortaciones ético-religiosas. El carácter de «ideales», de algún modo irrenunciables, aparece con nitidez en la proclamación inicial del sermón del monte.

Las Bienaventuranzas han situado muy alto el listón. Ocupan el primer plano de la nueva moralidad: alegría expansiva, pobreza aceptada por actuación del Espíritu Santo, mandamientos ideales de amar como Jesús amó y de ser misericordioso como lo es el Padre con toda su maternal ternura.

Los enunciados del tipo «feliz quien...» eran conocidos en la literatura bíblica. Jesús ha mostrado predilección por ellos. Responde así a la espontánea tendencia humana a la felicidad. Al mismo tiempo, propone caminos humanamente paradójicos para obtenerla.

Más allá de pormenorizar entre el tenor que las bienaventuranzas tienen en la visión de Lucas y en la de Mateo, es preferible

ir a lo básico. La *radicalidad* que las envuelve, que con razón hace puedan darse por «santo y seña» de la buena noticia. Jesús aparece tomando partido por los pobres y los marginados. Alumbrando *la utopía de la justicia*: a la vez que rechaza el orden injusto, confía en que el reinado de Dios va a cambiar la situación. Incluso quien no pueda decirse estrictamente pobre, hambriento, desposeído... puede serlo por solidaridad. El texto de Mateo añade otros matices, cuyo común denominador podría ser *el triunfo de la agresividad*: los sometidos, los que prestan ayuda, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz.

Los discípulos de Jesús constituirán una fuerza de choque por su radicalidad y su victoria sobre la agresividad humana. Así lo percibió nítidamente el converso de Damasco: «Si todavía tratara de contentar a los hombres, no podría estar al servicio de Cristo (Gál 1,10). Y añade, en un texto precioso y denso de espiritualidad, «con el Mesías quedé crucificado y ya no vivo yo, vive en mí Cristo; y mi vivir humano de ahora es un vivir de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20).

La fe cristiana descubre energía renovada al sentirse contestada en el mundo moderno. Vive y se fortifica en confrontación con otro. Los cristianos han de aprender a perderse. Se encontrarán en lo que tiene de llegar a ser, ayudando al mundo a responder a su fin. En definitiva, «*lo que vale es una fe que se traduce en amor*» (Gál 5,6). El amor es la clave última de la unidad de la dimensión ética del mensaje de Jesús. Presentar el amor como la más esencial aportación ética cristiana puede estar hoy tan asimilado que suene a obvio. No hace mucho lo que solía enseñarse como moral cristiana era un código muy concreto, extraído como glosa del decálogo. Jesús pensó en algo muy distinto de una obligación impuesta con la que se busque cumplir y quedar en regla. Piensa en ideales inmensos de bondad, con los que nadie podrá decir nunca «haber cumplido». En cifra, «*donde hay un cristiano, hay humanidad nueva; lo viejo ha pasado; mirad, existe algo nuevo*» (2 Cor 5,17). Lo esencial es la actitud del corazón. «Por consiguiente, *sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo*»

(Mt 5,48). En el Nuevo Testamento «corazón» denota ordinariamente la interioridad del hombre en cuanto estable y continuada. Por eso se atribuyen al «corazón», en su aspecto de «mente», las convicciones o la ideología; en su aspecto de «voluntad», las actitudes y disposiciones; en su aspecto de «sentimiento», los amores y los odios. Persisten, de alguna manera, los significados veterotestamentarios. Baste una referencia al texto clásico de *Ezequiel* 18, 30-32: «Arrepentíos y convertíos de vuestros delitos, y no caeréis en pecado. Quitaos de encima los delitos que habéis perpetrado y *estrenad un corazón nuevo y un espíritu nuevo*, y así no moriréis, casa de Israel. Pues no quiero la muerte de nadie —oráculo del Señor—. ¡Convertíos y viviréis!» Jesús, como Mediador de la nueva Alianza, podrá recordar que «no necesitan de médico los sanos, sino los enfermos». Id mejor a aprender lo que significa "*corazón quiero y no sacrificios*" porque no he venido a invitar a los justos, sino a los pecadores (Mt 9,13). Porque ha venido para aportar salvación. «Al que escucha mis palabras y no las cumple yo no lo juzgo; no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo» (Jn 12, 47).

Amor, en definitiva, de un Dios atento a la fragilidad de las personas y que únicamente espera un cambio de corazón.

El agente de pastoral, dentro del grupo de catequesis, ha de seguir la actitud evangélica de la Iglesia. Con un equilibrio interno siempre por construir. Entre el recordatorio claro de los preceptos del Señor y el profundo respeto hacia las personas en el ejercicio de su libertad. Ha de ser, a la vez, inspirador, animador y provocador.

La experiencia de Dios constituye la primera fase del proceso del seguimiento. Hasta llegar a ser personas cabales. «Hasta que todos sin excepción alcancemos la unidad que es fruto de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, la edad adulta, el desarrollo que corresponde al complemento del Mesías. Así ya no seremos niños, zarandeados y a la deriva por cualquier ventolera de doctrina, a merced de individuos tramposos, consumados en las estratagemas del error. En vez de eso, siendo

auténticos en el amor, crezcamos en todo aspecto hacia aquél que es la cabeza, Cristo» (Ef 4, 13-15).

Vuelve, una vez más, lo nuclear del hacer. La palabra cristiana, en plena postmodernidad, ya no es creíble por argumentos o contenidos, sino por el tipo de vida que genera.

En la fe cristiana hay que hermanar sus elementos constitutivos: amén de la experiencia de Dios, *el compromiso por el hermano*. A través de la historia se ha sobrevalorado uno ignorando las consecuencias que repercutían sobre el otro. Aún más, se han contrapuesto términos tan emblemáticos como justicia y caridad.

El distanciamiento obedece al carácter reductor y empobrecedor del pensamiento occidental.

Al acentuar la relación individual con Dios se ha edificado una moral cristiana donde se despliegan las obras de caridad «por amor de Dios». Forma expresiva de la bondad del hombre más allá de lo que es debido. Como contraste, el concepto de justicia, debido a la influencia del espíritu jurídico romano, está muchas veces ligado a la cuestión de derechos y deberes: atribuir a cada uno lo que le es debido.

Resulta imprescindible pensar en la noción bíblica de justicia de Dios. El hombre justo quiere lo que Dios quiere. Esta justicia expresa la conformidad del comportamiento en relación con la Alianza. Se sobreentiende un haz de objetivos: liberación de oprimidos, defensa de los pobres, amor y servicio de los hombres. Los creyentes deben asumir su papel decisivo, no en el margen, sino en el centro de la historia: «... el que cultiva el espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna. Por tanto, no nos cansemos de hacer el bien, que, si no desmayamos, a su tiempo cosecharemos» (Gál 6, 8-9). (Precisamente este texto bíblico fue citado el pasado 20 de enero en el discurso de toma de posesión del presidente Bill Clinton).

Justicia y caridad no pueden entrar en colisión. Resulta ilusorio evocar un compromiso caritativo si falta previamente el respe-

to de la justicia. Quien no está hoy con Cristo para la promoción y la liberación del hombre, está contra El. Carece de amor. Sustraer la justicia del amor, equivale a destruirlo en su esencia más profunda. No existe amor sin consideración y reconocimiento del amado como persona.

Es más, nadie puede ser justo si no ama con este amor que es don de Dios. La justicia de Jesús ha consistido en ir más allá de la ley, a impulsos del amor.

En la experiencia espiritual de Dios en Jesucristo se funda el compromiso por la justicia: respuesta de amor, de atención a todo hombre. Porque el creyente se sabe amado por Dios.

El servicio de la fe y la promoción de la justicia constituye una de las más importantes experiencias de la Iglesia contemporánea.

En el otoño de 1971, el *Sínodo de los Obispos* publicaba el texto *La justicia en el mundo*, donde por primera vez se afirmó:

«La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una *dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio*, es decir, la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva»⁴.

Si la justicia es concebida en sentido bíblico —la acción liberadora de Dios que postula necesariamente la respuesta del hombre— dicha justicia puede ser catalogada como esencial al Evangelio mismo, en línea de continuidad con el Antiguo Testamento. La literatura sapiencial abunda sobre el tema:

«Practicar el derecho y la justicia Dios lo prefiere a los sacrificios» (*Prov* 21,3).

«El que busca justicia y misericordia alcanzará vida y gloria» (*Prov* 21,11).

⁴ *Eccl* 31, 1.971, 2.295.

«Quien cierra los oídos al clamor del necesitado no será escuchado cuando grite» (Prov 21,13).

Lo propio puede aducirse a partir de los profetas (Am 5,24; Is 58,5-14...).

El autor de la carta a los Hebreos sintetiza perfectamente esta vertiente: «no os olvidéis de la solidaridad y de hacer el bien, que tales sacrificios son los que agradan a Dios» (13,16).

Conclusión

El *Catecismo de la Iglesia católica* aparece marcado por el temor secularista. Síndrome del miedo que ya conocieron los Apóstoles antes de Pentecostés y que hoy recorre diversas instancias eclesiales.

Más en concreto hay quienes se preguntan sobre la realidad del catolicismo español. Menudean los estudios sociológicos acerca de los «nuevos valores»⁵. Parece confirmarse en la situación cultural hodierna el incremento de la indiferencia, sin que exista crecida del ateísmo. Y ya dentro del catolicismo, una cierta «leucemia» vinculada a la dejación de la práctica⁶.

El verdadero rostro de la Iglesia —pensamos muchos— no es conservar el depósito de la fe, sino la transmisión de la fe: «anuncio de Jesucristo para llevar a fe en El»⁷.

«La *Catequesis*, en consecuencia, habrá de mostrar cómo la Revelación que nos es dada en Jesucristo tiene que ver y responde a los interrogantes más radicales del hombre. Es tarea

⁵ Cfr. FRANCISCO ANDRÉS ORIZO, *Los nuevos valores de los españoles. España en la Encuesta Europea de Valores*, Fundación Santa María, Madrid 1991, p. 253; PEDRO GONZÁLEZ BLASCO - JUAN GONZÁLEZ-ANLEO, *Religión y Sociedad en la España de los '90*, Fundación Santa María, Madrid 1992, p. 318.

⁶ JAVIER MARTÍNEZ CORTÉS, *El «lenguaje» de los números. ¿Qué dicen los estudios sociológicos sobre el catolicismo español?* *SALT* 81, 1993, p. 11.

⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.º 425.

ineludible de la catequesis plantear a la luz del Evangelio las preguntas que surgen de las situaciones humanas, individuales y sociales, de manera que estimule en los catequizandos un deseo de transformar la propia conducta»⁸.

Lo primero son las preguntas. Quien no se pregunta, no puede abrirse a la fe. Y eso aparece como algo obvio en el Evangelio, en las historias personales que narra. El *pobre* es el que duda, se pregunta y por eso puede creer. En las antípodas, el *rico* es el que está seguro de sus respuestas, impermeable ante la posibilidad de creer.

De ahí, que la comunicación de la fe si queremos que sea existencialmente humanizadora, deba empezar por atender, reconocer y hacer suyas las preguntas personales. *Lo segundo*, desde la perspectiva cristiana, no son las respuestas, sino *la adhesión* —la confianza, el amor, el sí— *a Jesús*. *Sólo después* pueden ir encontrándose *algunas respuestas*.

La visión global a proponer del Evangelio debe responder a estos requisitos si quiere promover la humanización. Dimensión humanizadora del cristianismo que abarcará los aspectos de su esencia más íntima: fe, oración, eucaristía y comunidad eclesial. Todos ellos se condensan en una afirmación: el Evangelio suscita una humanidad liberada y liberadora.

«La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la *interpelación recíproca* que en el curso de los tiempos se establece *entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre*» (E.N. 29).

En cifra, Evangelio y vida concreta. *Arte de vivir que sirva, desde Jesús, como alternativa para el mundo que nos rodea.*

⁸ Nota de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe y de la Subcomisión Episcopal de Catequesis sobre algunos aspectos de la catequesis hoy, relacionados con el tema de la verdad de la revelación cristiana y su transmisión, n.º 11 (Eccl 53, 1993, 159-166). El documento está fechado el 30 de noviembre de 1992.

En el momento de su despedida, Jesús no ruega por el mundo, el orden injusto. Subraya su incompatibilidad con el sistema. El grupo cristiano va a quedar en medio del mundo, sin el soporte de la presencia física de Jesús: «Yo, por mi parte, la gloria que Tú me has dado se la he dado a ellos, para que sean uno como nosotros somos uno —yo identificado con ellos y Tú conmigo—, para que queden realizados alcanzando la unidad, y así conozca el mundo que Tú me enviaste y que les has demostrado a ellos tu amor como me lo has demostrado a mí». (Jn 17, 22-23).

Bajo la acción del Espíritu y las acciones salvadoras de Jesús se configurará la alternativa cristiana. *El Padre que habita en cada uno revaloriza las raíces de la libertad para que sea realidad la justicia del Reino*, en la labor de la comunidad en el mundo (cfr. Mt 6).

Después de la Ascensión, los discípulos *viven la fe en comunión*, forman comunidad. «Eran constantes en escuchar la enseñanza de los Apóstoles y en la comunidad de vida, en el partir el pan y en las oraciones» (Hech 2, 42).

«Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, con las mujeres, además de María, la madre de Jesús, y sus parientes» (Hech 1,14).

Que María de Nazaret nos enseñe a los cristianos de hoy a escuchar la Palabra, a guardar nuestras señales de identidad y a seguir explorando los manantiales escondidos que la dureza de la vida no ha conseguido resecar.

El Espíritu Santo no nos dejará ayunos de profetas.